

TERCER DOMINGO DE CUARESMA. CICLO C.

“Si no os convertís, todos pereceréis de la misma manera”. (Lc. 13, 1-9).

Esta es la respuesta de Jesús a las noticias que acaban de darle. Resulta que, se presentan ante Jesús algunos a contarles que Pilato había hecho matar a unos galileos mientras ofrecían el sacrificio... Jesús responde: *“esos galileos no eran más pecadores que los demás... si no os convertís, todos pereceréis igualmente”*...

Entonces Jesús, hace referencia a otra desgracia, el desmoronamiento de una torre de la muralla de Jerusalén, que había matado y sepultado a 18 hombres.... Y Jesús hace el mismo comentario: *“Si no os convertís, todos pereceréis de la misma manera”*.

Entre los judíos era muy corriente creer que las desgracias personales, catástrofes, enfermedades, etc., eran castigos de Dios por los pecados cometidos. Era una teoría muy favorable para las clases pudientes que se daban el lujo de presentar su bienestar como bendición de Dios. Jesús aprovecha dos desgraciados sucesos que acaban de acontecer para que sus contemporáneos comprendan que tales desgracias son ajenas a la voluntad de Dios. Estas personas no fueron más culpables que cualquiera otras. Dios no es un justiciero y vengador. El mal no es enviado por Dios, Dios no quiere el mal de nadie, ni “lo permite”, como a veces decimos, Dios es sólo Amor.

Jesús critica la “creencia” en un Dios justiciero y a aquellos que se consideran más justos y buenos que los otros que murieron. Jesús quiere decirnos que lo que necesitamos (puesto que nuestra vida es limitada y está siempre amenazada) es una profunda conversión y que cada circunstancia es una oportunidad para la conversión, para una transformación profunda de nuestra vida humana.

“Si no os convertís, todos pereceréis igualmente”. Estas palabras de Jesús son una invitación urgente a la conversión. “Convertirnos” es dejar nuestro egocentrismo para centrarnos en Dios, reconociendo que El es quien puede restaurar nuestra vida y cambiar nuestro corazón. Ciertamente, si no nos “convertimos”, es decir, si no hay un cambio en profundidad de nuestras personas y de nuestra sociedad, “todos pereceremos”. Hoy se aprecian síntomas de preocupación en nuestro mundo: el calentamiento y la contaminación del planeta, la industria de armamento, la injusticia social que excluye a la mayoría y la ambición de riqueza que ha desencadenado la tremenda crisis económica y que la sufren los más pobres. Ha crecido también la violencia, se manifiesta en la crueldad de las guerras actuales. Es verdad: si no nos convertimos de verdad, todos pereceremos igualmente.

Para ilustrar esta urgencia a la conversión, Jesús cuenta la parábola de la higuera que no da frutos: *un hombre había plantado una higuera en su viña, pero, cuando fue a buscar fruto en la higuera, no lo encontró”*.

Los que escuchaban a Jesús, entendieron bien el mensaje de la parábola: “¿Para qué va a ocupar terreno en balde?”. ¿Para qué una higuera sin higos? ¿Para qué una vida estéril y sin sentido? ¿Para qué una vida sin amor? Esta parábola sigue teniendo plena actualidad para nosotros. Es necesario que nos la apliquemos a nosotros, personalmente y como comunidad cristiana o Iglesia. Una Iglesia, una comunidad, una persona, que no da frutos de vida, no tiene sentido, por mucha hojarasca que ostente; es

decir, por mucha apariencia, por mucha imagen, por mucho prestigio que logre... Todos podemos ser esa higuera baldía, llena de hojas, aparentemente verde y, sin embargo, completamente inútil; nuestra vida puede estar terriblemente vacía.

El amo de la viña piensa “cortar” la higuera... Pero todavía existe un resquicio de esperanza. Hay Alguien, “el viñador” (es el mismo Jesús), que pide al amo una nueva oportunidad. Quizá la higuera, con un cuidado especial, dé frutos...

Jesús suplica por su pueblo y por cada comunidad cristiana, por cada uno de nosotros y se compromete con nosotros: *“Señor, déjala todavía este año, yo la cavaré y le echaré estiércol”*. Siempre espera contra toda esperanza. *“A ver si da fruto”... A pesar de la invitación urgente a convertirnos y a dar frutos, vivimos todavía el tiempo de la paciencia y misericordia de Dios. Dios sigue esperando.* Un año y otro, y otro..., el amor espera siempre, sin límites. Jesús, continúa llamando a nuestra puerta incansablemente. Tú, Señor, nos esperas siempre. Siempre esperas los frutos de nuestra viña. Tú tienes paciencia con nosotros, porque estás lleno de compasión y de misericordia por cada ser humano.

La parábola de la higuera estéril es una llamada de alerta a quienes podemos vivir, una vida instalados en la mediocridad y en la superficialidad.

El Dios de Jesús en esta parábola es el Dios de la misericordia y la paciencia, el Dios de la confianza y la espera. Un año más y otro... En nuestro caso ¿tendrá que seguir esperando un año más? Él no se cansa nunca de esperarnos... El amor no puede ser vencido por nuestra obstinación, por nuestro rechazo, ni por nuestras resistencias. El tiempo y el amor hacen posible que se realice el “designio de Dios” (que es amor), para con nosotros. Este Dios de la misericordia se dirige al corazón humano, que con frecuencia, está herido y desesperanzado, lo toca, lo regenera y moviliza todos sus recursos adormecidos por las durezas de la vida. Nuestra vida (como la de la higuera), está sostenida por un gran amor y la confianza que Él tiene en cada uno de nosotr@s.

Dios continúa creyendo en el ser humano, esperando algo nuevo de cada uno de nosotros. Siempre nos ofrece todavía una posibilidad. Cada uno tenemos “nuestro tiempo”. No sabemos cuándo acabará..., en consecuencia, siempre es tiempo de *“dar frutos de vida”* mientras tengamos tiempo.

En nuestra oración de hoy podemos decirle: Señor, ayúdanos a volvernos a Ti. Que podamos dar frutos de amor y de vida. Fuera de Ti, Jesús, sólo existe el vacío y la nada. Sólo en Ti, Señor, encontramos nuestra plenitud y una alegría que permanece siempre.